



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO XI EXPEDICIÓN A LA BAJA CALIFORNIA

P OCO MÁS DE UN AÑO antes de ir a la Baja California con la columna a mi mando, por instrucciones del general Plutarco Elías Calles había ido al río Colorado con objeto de que estudiara y conociera aquella región, por si algún día se ofrecía mandar fuerzas militares al Territorio Norte de la Baja California con el objeto de someter al coronel Esteban Cantú.

Como simple pretexto, me dediqué a sembrar algodón y así justificar mi estancia en aquella zona. Esta siembra la llevé a cabo al sur de San Luis Río Colorado, Sonora, en un punto que llamé “El Alamar”, precisamente porque existían allí muchos álamos. Sembré poco: después de limpiar y arreglar el terreno sembré 25 ó 30 hectáreas. Todavía en aquella época no se había sembrado algodón al margen del río Colorado en el Estado de Sonora.

Estaba establecido en Caléxico, en el Valle Imperial, un señor Platt, que era agente de la Secretaría de Agricultura del Gobierno de los Estados Unidos y un gran experto en algodón, así como en lo referente a las plagas de la semilla. Tenía la comisión, precisamente, de vigilar toda la frontera de la Baja California, hasta Yuma, Arizona, y estar pendiente, no

solamente de los cultivos de su propio país, sino también de los nuestros y asegurarse de que no hubiera plaga en esa zona.

Como San Luis Río Colorado todavía en ese tiempo no era puerto de entrada, tuve que relacionarme con este señor Platt, para informarle del plantío de algodón que había hecho en el lado mexicano y para que me ayudara a gestionar que se nos permitiera pasar nuestro algodón por San Luis Río Colorado a las despepitadoras del Valle del Yuma. Como su comisión era precisamente vigilar las nuevas siembras que se habían hecho en el lado mexicano, para evitar posibles plagas y, después de habernos hecho amigos, con frecuencia visitaba mi plantación y ya en pleno crecimiento el algodón, seguido lo fotografiaba. Sería por la calidad de la tierra o tal vez por el cuidado con que se hizo la plantación y el cultivo correspondiente, pero el caso es que obtuvimos la mejor calidad de algodón de aquella zona, tanto del lado mexicano como del norteamericano, de fibra un poco más larga. Gracias a sus gestiones, el Gobierno norteamericano nos permitió sacar nuestro algodón para el Valle del Yuma, por San Luis Río Colorado. Obtuvimos mejor precio por nuestro algodón que cualquier otro de la región y la semilla me la compró un señor Sanguinetti, Fuerto comerciante de Yuma, quien la vendió en su totalidad a los agricultores de la zona para sus siembras. Esta semilla se la vendí a Sanguinetti a un precio más alto del fijado ese año en el mercado.

El señor Platt no solamente permitió, como agente del Gobierno de Estados Unidos, que se vendiera esa semilla y el algodón en el Valle del Yuma, sino que, por recomendaciones de él mismo, se me envió una felicitación del Departamento Agrícola del Gobierno de los Estados Unidos, por la magnífica calidad del que se produjo en "El Alamar". Obren en mi poder algunos documentos al respecto. Pero volvamos a mi vida militar.

Por razones de alta política, en abril de 1920 se firmó el llamado Plan de Agua Prieta y habiéndome unido al movimiento se me nombró, desde luego, jefe de las infanterías de la Columna Expedicionaria de Sonora.

Encontrándonos ya en México, fui ascendido al grado de General Brigadier, el 21 de mayo de 1920 y desempeñé el cargo de jefe de las Guardias Presidenciales del 21 de junio al 20 de julio de dicho año.

En esta última fecha el general Plutarco Elías Calles, Secretario de Guerra, me llamó a su despacho con el objeto de comunicarme que, por acuerdo del señor Presidente de la República, había sido yo nombrado jefe de una columna expedicionaria encargada de expulsar de la Baja California a Cantú quién, como es sabido, había desconocido prácticamente al Gobierno del centro, desobedeciendo órdenes y obrando en forma independiente.

El general Calles me indicó que desde luego se ponían a mis órdenes el 64º. Batallón de Infantería, al mando del general brigadier Antonio Medina y el 4º. de igual arma, al mando del coronel Anselmo Armanta.

Con estos elementos y en dos trenes militares emprendimos la marcha, desde la Ciudad de México, el 26 de julio de 1920. Mi Estado Mayor lo componían el mayor José María Tapia, el capitán 1º. Jesús Muñoz Merino, el capitán 2º. Manuel Proto, el teniente Ramón Rodríguez Familiar, el subteniente Adolfo Wilhelmy y Enrique Lacy.

Por fin llegamos a Manzanillo. La columna embarcó en el cañonero "Guerrero" y en un barco mercante llamado "Bonita", con rumbo a Mazatlán, a donde arribamos el 6 de agosto de 1920. En esta ciudad se incorporó a la columna expedicionaria de la Baja California, la 3ª. Brigada de Infantería, al mando del general brigadier Macario Gaxiola, con los batallones 11º. y 59º. del arma, comandados, respectivamente, por el tenien-

te coronel Miguel J. Limón y el coronel Francisco Ríos Gómez. Se incorporó, asimismo, una batería de ametralladoras y una sección de artillería de campaña. Posteriormente, en Guaymas, se incorporaron a la columna el cuerpo de Infantería de Marina, al mando del mayor Francisco Alcaraz y una fracción del 21º. Batallón, al mando del mayor Ricardo Legaspy.

La campaña que se me había encomendado era la más importante y trascendental que hasta entonces se había presentado en mi vida. Significaba la primera oportunidad para demostrar mis aptitudes y habilidades, si es que las tenía. Se me concedía el mando de una columna militar muy importante, y una comisión delicada y de responsabilidad. Era la segunda etapa, en el curso de mi vida, para realizar mis propósitos. Procuraría, por tanto, hacerlo lo mejor posible para el bien de mi país y para obtener el prestigio a que aspiraba. Contaba sólo treinta años de edad y me daba cuenta que entre más elevada es la posición del hombre, más puede hacer para beneficio del pueblo.

Había formulado el plan de campaña, que se alteró completamente, porque en Mazatlán se hundió el cañonero “Guerrero”, único barco que había entonces en la zona del Pacífico adecuado para realizar una expedición como la que se me había encomendado. Con la pérdida del cañonero y la consiguiente de las reservas de municiones de guerra que se encontraban a bordo, tuve la necesidad de alterar mi plan original de campaña. Consistía éste en desembarcar al Sur de Ensenada, en un lugar llamado Punta de Santo Tomás, donde ya se había previsto el aprovisionamiento para las tropas.

Cambié, pues, de idea y como conocía también las márgenes del río Colorado, en donde había estado un año antes, estudiando la región con el objeto de conocer la posibilidad de entrar por allí al Distrito Norte de Baja California, inmediatamente dispuse que la columna se trasladara conmigo a

Guaymas, con el objeto de reunir el suficiente número de embarcaciones para continuar la expedición por el Golfo de California hacia el río Colorado. En Guaymas, con muchísimas dificultades, logré reunir las embarcaciones indispensables para el traslado de la tropa y el 14 de agosto nos hicimos a la mar con los siguientes elementos: el binotor “Mariam”, que me trasladó con el Estado Mayor; el “Bonita”, con el 4º Batallón; los pailebotes “San Basilio”, con los batallones 11º y 59º.; el “Korrigan III”, con el 64º Batallón; “Ondina”, con el cuerpo de Infantería de Marina; el guardacostas “Brutus”, con artillería de campaña y ametralladoras y el pailebote “Sea Lyon” con el escaso personal de servicio sanitario.

La columna se componía de cerca de 2,500 hombres y los medios de transporte se limitaban a 11 embarcaciones más o menos pequeñas.

Antes de salir de Guaymas mandé por tierra hasta Yuma, Arizona, a los oficiales, Proto y Wilhelmy, con instrucciones de que consiguieran provisiones de boca y las trasladaran al lugar que se había fijado para desembarcar, comisión que cumplieron con eficacia.

En el puerto fronterizo de San Luis Río Colorado, Sonora, en la margen izquierda del río, residía el mayor Araiza, revolucionario retirado, que tenía conocimientos de mecánica y carpintería y le recomendé que tuviera listo, pero sin armar, un puente flotante construido con tanques vacíos nuevos, de los que se usan para transportar combustible y que tienen una capacidad de 200 litros; que tuviera también preparado maderamen y cables y que todos estos elementos destinados a armar el puente los entregaría Carlos Bernstein, a quien había comisionado para que ayudara al mayor Araiza en el mejor cumplimiento de su cometido.

Estábamos ya a una jornada de San Luis, Sonora, cuando llegó a mi conocimiento que Cantú se había rendido y entre-

gado al Gobierno del Territorio Norte de Baja California a Luis Salazar, a quien el señor Presidente había comisionado para recibirlo. Apresuré la marcha hacia San Luis, donde cruzamos el río por el puente construido por Araiza y ayudados por una panga remolcada por una lancha de regular capacidad. Esto ocurría el 30 de agosto de 1920.

Ya en territorio de la Baja California, el 31 de agosto, proseguí el avance con la columna a mi mando para embarcarnos por ferrocarril en Estación Paredones, a fin de hacer la entrada en la plaza de Mexicali el 1º. de septiembre muy de madrugada. Destaqué al general Gaxiola a Ensenada y al mayor Legaspy a Tijuana, con órdenes de desarmar, recoger las armas y el parque así como licenciar a las tropas de Cantú. La comisión se cumplió debidamente y lo mismo se procedió a hacer en Mexicali.

Al abandonar Cantú el Gobierno, lo que obedeció a la sola presencia de mis fuerzas, se me nombró jefe de Operaciones Militares en el Distrito Norte de la Baja California. Cantú siguió agitando desde los Estados Unidos y en noviembre de 1921 intentó una invasión al Distrito Norte, con una chusma de voluntarios reclutados, unos en el Valle Imperial y otros en Los Angeles. Tenía el propósito de que se introdujeran al Valle de Mexicali comandados por Federico Dato, cuñado del propio Cantú. Antes que los elementos de Cantú pudieran entrar en acción los desarmamos, les quitamos 450 fusiles, varias ametralladoras y la correspondiente dotación de municiones. Otro grupo de poco más de 300, que intentaba entrar por Tecate y que comandaba el mayor Lerdo González, lo destrozamos completamente en Vallecito de Santo Domingo, el 15 de noviembre de 1921.

No cesaron aquí las intentonas de invadir la Baja California. A principios de 1924 el general Enrique Estrada pretendió hacerlo, pero como teníamos muy bien vigilados a sus elementos, tan pronto como llegaron a la línea divisoria, cerca

de Tecate, fueron aprehendidos por las autoridades del Gobierno norteamericano.

Aquí concluyeron estos intentos de invasión por elementos que debían considerarse como filibusteros.

Voy a señalar, por orden cronológico, los diversos encargos militares que tuve a partir de la expedición de la Baja California.

El 18 de febrero de 1922 se me nombró jefe de Operaciones Militares en el Estado de Nayarit. De allí pasé con igual categoría, el 1º. de junio del mismo año, al Estado de Sinaloa, en donde se encontraba levantado en armas el general Carrasco. Me tocó combatirlo en un punto llamado Las Iguanas, sobre el río Presidio y en Estación Matadero.

El 1º. de noviembre de 1922 se me comisionó como Mayor de órdenes de la Plaza de México y el 11 de marzo del año siguiente fui nombrado jefe de la 11ª. Jefatura de Operaciones Militares en San Jerónimo (hoy Ciudad Ixtepec), Estado de Oaxaca, Merodeaba en esa zona el jefe rebelde general Cástulo Pérez, a quien me tocó combatir y tender. Terminada esta acción, empleé mi tiempo en hacer un estudio económico y social de los Cantones de Acayucan y Minatitlán, del Estado de Veracruz y de los Distritos de Tehuantepec y Juchitán del Estado de Oaxaca. Quería yo investigar si existían recursos naturales en el Istmo, que fueran suficientes para satisfacer las necesidades normales de la región, pues pensaba en la posibilidad de erigir, con esos cuatro Cantones, un Territorio Federal, que dependiera directamente del Gobierno del centro, con el objeto de establecer allí, en el Istmo, una concentración militar, un gran puerto o base aérea y bases navales en los dos puertos de la zona. Después de mis estudios propuse la creación de esa jurisdicción federal, con el fin de establecer la seguridad de aquella estratégica región y con el propósito de evitar que los Estados Unidos siguieran pen-

sando —como lo hacían entonces—, en apoderarse del Istmo de Tehuantepec para construir allí un canal administrado por ellos, tal y como había sucedido en Panamá. Debo aclarar que había advertido que muchas de las mejores propiedades de los Cantones de Veracruz habían sido adquiridas por ciudadanos norteamericanos, quienes se estaban infiltrando en esa región en forma semejante a como en realidad lo habían hecho al colonizar Texas.

Mi estudio lo puse en manos del Presidente Obregón, en las postrimerías de su Gobierno. Después se me informó que aunque el Ejecutivo lo creía factible y conveniente, no había mandado las iniciativas de ley necesarias a las Cámaras, debido a la circunstancia de que ya pronto abandonaría el cargo de jefe de Estado. Pero cuando el mismo general Obregón resultó reelecto Presidente y en una de las ocasiones en que tuve la oportunidad de charlar con él, me dijo:

—Ahora sí voy a recomendar el proyecto a las Cámaras; sé que la tarea y la aprobación de una ley de esta naturaleza es ardua y difícil, particularmente porque los Estados afectados opondrán tenaz resistencia a que se les segregue parte de sus territorios. Pero —agregó— considero que esa sugestión es conveniente para la defensa del país.

Mi carrera militar continuó favorablemente y el día 1º de septiembre de 1923 se me nombró jefe del Departamento de Caballería de la Secretaría de Guerra y un mes después, el 1º de octubre, fui nombrado jefe de las Operaciones Militares de la 2ª. Zona o sea el Distrito Norte de la Baja California y el 31 del repetido mes de octubre, se me designó además de jefe de las Armas, Gobernador del Distrito Norte de la Baja California, con lo que concurrieron en mí los dos mandos, el militar y el civil, en aquella entidad federativa.

Después de diez años de actividades militares en los que servía a la Patria como soldado de la Revolución, en un ejér-

cito de ciudadanos que emancipó a nuestro pueblo de la servidumbre y le aseguró sus derechos sociales; que fincó en nuestra Constitución los principios de un movimiento revolucionario de gran importancia y contenido social, se me colocaba en un puesto civil y se me daba la oportunidad de iniciar la obra que desde joven me había propuesto desarrollar. Ya he dicho que quería activar en todas las formas que fuera posible, el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo mexicano y elevar su economía para que México fuera un país fuerte, libre y poderoso. Se comprenderá que acepté con verdadero placer mi nombramiento de Gobernador del Distrito Norte de la Baja California, a donde llegué resuelto a cumplir con el deber que se me había impuesto. Esta era la oportunidad que esperaba desde hacía muchos años y mi propósito era no desperdiciarla.

Tenía seguridad en mí mismo y la certidumbre de que lo haría bien.

En capítulo por separado relataré lo más importante de mi administración en aquel Distrito, pues ahora voy a referirme a lo más íntimo de mi vida.